



## LA ESCUELA DE LA DESGRACIA.

### I

Una mujer, en la plenitud de la vida, llevando de la mano á un niño de ocho años, y á una niña de dos, en brazos, camina aceleradamente por el breñal. Va descalza, y la sangre de sus pies enrojece las piedras de la vereda.

La luna ilumina tristemente el campo; corta el horizonte una montaña, al pie de la cual blanquean las casas de la ciudad é irguen los templos sus esbeltas torres, que parecen misteriosos fantasmas.

Es la hora solemne del reposo.

A uno y otro lado del camino elévanse, aquí y allá, entre la maleza, algunos nopales y magueyes, y de trecho en trecho, bosquesillos de mezquites.

La mujer, de moreno y agraciado ros-

tro, donde resplandecen dos grandes ojos negros, lleva el dolor impreso en la fisonomía, y el niño, que ya no puede andar, sufre la fatiga sin quejarse. De vez en cuando levanta los dolientes ojos y mira á su madre. Contempla el sufrimiento de ésta y calla por no aumentarlo. Se conoce que el alma de aquel niño ha adquirido heroica fortaleza en medio de las tribulaciones.

La noche es serena y la calma profunda; ni una ráfaga de aire agita las copas de los árboles. De repente, á lo lejos, en dirección de la ciudad, suena una descarga de fusilería; y como si las balas hubiesen traspasado el corazón de aquella mujer, lanza angustioso grito y cae desfallecida.

—¿Qué tienes, madre? pregunta el niño conmovido.

—¡Paco, hijo mío, hijo de mi alma, ya no tienes padre! contesta incorporándose y estrechando al niño contra su corazón.

Paco siente mortal estremecimiento, las lágrimas corren por sus mejillas, besa á su madre como diciéndole en aquella tremenda aflixión: Me quedas tú y en tí concentro mi cariño. Y procura con inaudito esfuerzo reprimir los sollozos, que le ahogan. La desgracia ha anticipado el juicio y la reflexión en aquel niño hombre.

Dolores—tal era el nombre de la mu-

jer—recobrada un tanto, levántase y no sé si el ansia de ver la realidad que temía, ó la esperanza de que se hubiese engañado, dióle sobrenatural vigor.

Con la adorada carga de su hija en brazos y sin soltar á su hijo, no corría, volaba por la extensa llanura marchita ya por el invierno.

Al llegar á unos barrancos que se erigían en una curva del camino, quedóse un momento paralizada por el dolor, y luego, soltando á Paco se arrojó sobre un cadáver, caliente aún, empapado en sangre y tendido en el campo. Abrazóle apasionadamente, besó aquella faz sombreada por la muerte, y después sentóse en una piedra junto al muerto y llorando mucho desahogóse algo del infinito pesar que la mataba.

El niño contempló el cadáver con los ojos arrasados de lágrimas, besó respetuoso como en otros días, la mano del muerto, y luego escondió la desgredada cabecita en el materno regazo para allí llorar á sus anchuras.

## II

La alegría de la mañana en rayos de luz, en rumores de vida, en gorjeos de pájaros, llena toda la ciudad. Los habitantes, re-  
puestos con el nocturno descanso del gas-

tado vigor, emprenden sus cotidianas faenas. Una mendiga de cadavérica faz, con los pies ensangrentados y los labios lividos, con una niña en brazos y seguida de un éhicuelo, implora de puerta en puerta una limosna por amor de Dios. El niño es el primero que mueve los corazones.

¡Es tan simpático!

El desaseo y los andrajos no ofuscan la luz de la inocencia que baña aquel bondadoso rostro como si en él se revelase el alma entera.

Paco recibe agradecido una torta de pan; brilla en sus ojos un relámpago de alegría, y luego, con heroica abnegación, dice á su madre, después de contemplar el apetitoso alimento y dividirlo en dos partes iguales:

—Una para tí y otra para Chita.

Chita es la hermana de Paco, que duerme en los maternos brazos, más que vencida por el sueño, postrada por la debilidad.

Toda la mañana recorrieron la ciudad, y la conmiseración de los buenos calmó la hambre de los pordioseros, quienes á medio día quedáronse profundamente dormidos en el jardín de la plaza de Armas. No disfrutaron largo tiempo de bienhecho reposo: el gendarme del punto despertólos con brusquedad, y los arrojó de allí.

Movióse á compasión un joven que presenció tal escena, y acercándose á la desconocida, díjole con afabilidad:

—¿Qué hacía usted allí con sus hijos? pues supongo que estos niños son hijos de usted.

—Sí, señor, son mis hijos, huérfanos de padre desde ayer. Buscaba donde descansar, porque no tengo ni casa ni dinero. Si fuese usted tan bueno que me dijera dónde está el hospital.

El joven, enternecido, dijo á la mujer.

—Ea, vamos á casa. Sigánme ustedes.

El inesperado protector, elegantemente vestido, marchaba adelante y el doloroso grupo detrás. Detúvose aquél á la puerta de una casa, cuyo aspecto revelaba ser albergue de gente aristocrática y acomodada.

—Pasen ustedes, dijo á los mendigos, señalándoles la puerta que estaba abierta, y entró tras ellos.

—¡Mamá, mamá, gritó el joven, que socorran á estos pobres!

—¿Qué nos traes ahora, Ramiro? preguntó una anciana de exquisita hermosura, en cuya cabeza las canas tenían singular atractivo, y en cuyo semblante la vejez no había borrado la juvenil alegría.

—Toda una familia, mamá, respondió Ramiro, y dirigiéndose á sus protegidos, agregó:

—Vayan ustedes á comer, á descansar, á dormir cuanto quieran y mañana hablabamos.

—Dios le pague su caridad, murmuró la pordiosera llorando de gratitud.

Paco miraba y remiraba á Ramiro, y callado decía más que si hablara á gritos. La expresión del rostro del huérfano era indescriptible. Había en ella luz del cielo, esperanza del cielo, amor del cielo.

Era Ramiro un muchacho muy fogoso y atolondrado: tenía en la imaginación una fragua en constante llamear y en el pecho un raudal en continuo desbordamiento. ¡Qué corazón aquel tan compasivo!

Algunos censuraban mucho al aristocrático joven, porque como hijo de Adán, tenía defectos, y el principal de ellos era no pagar nunca sus deudas. Y era rico, y su madre viuda, nada le negaba, pero Ramiro dábalo todo y aun pedía prestado para dar más, y no pagaba porque jamás tenía un peso desocupado. Ningún indigente acudía á él en vano y aun muchos vagabundos explotábanle con maña.

### III

El descanso del cuerpo ahondó más la pena del alma, y Dolores levantóse al si-

guiente día abstraída con el constante pensamiento de su inmensa desventura. Fué agradecida á dar las gracias á sus protectores por la generosa hospitalidad que le habian dado.

—Refieranos usted sus infortunios, dijo Ramiro, interrumpiéndola.

—Lucas, mi esposo, repuso Dolores con triste voz, fué siempre pobre, pero honrado y trabajador. Dedicábase á trabajos de campo como mediero, y cuando Dios quería y enviaba la lluvia á la labor, teníamos algún desahogo. Pero vinieron muchos años malos y para comer vendimos los pocos animales que teníamos, y hubo un día, y otro, y otro, en que no tuvimos que comer. Lucas escribió á todos los ricos del contorno pidiéndoles trabajo, pero no quisieron ó no pudieron dárselo, y cuando vió llorar de hambre á sus hijos, salió de casa desesperado. Fuése al campo, mató una ternera que no era suya, y nos trajo carne en abundancia.

Al día siguiente, aún no se levantaba Lucas, cuando vi llegar á la puerta de mi casa cuatro jinetes vestidos de charros, con uniformes grises de vivos plateados: eran rurales. El corazón me dió un vuelco y comprendí lo que el pobrecito de Lucas había hecho por dar alimento á sus hijos.

El abigeato es frecuentísimo y las penas

ineficaces para extinguirlo. En todo el Estado se apeló á la terrible pena de muerte sin formación de causa, conocida con el nombre de "Ley fuga." Pena que si libra á los pueblos de ladrones incorregibles y muy malos, también mata á muchos inocentes ó verdaderamente necesitados y sirve algunas veces de pretexto para vengarse de feroz soldadesca y de malvados propietarios.

Los rurales lleváronse á mi esposo, y loca, cogí á mis hijos y corrí tras ellos, viendo anticipadamente el horroroso cuadro que tuve la desgracia de contemplar después: á mi esposo acribillado á balazos y muerto como una fiera en medio del campo.

#### IV

Ocho días después, Chita y Paco educábanse en un asilo de huérfanos, allí colocados por la caridad de Ramiro, y Dolores servía en la casa de su protector.

Paco fué el más aventajado y el más bueno de los alumnos, y Dolores una ama de llaves de las que ya no hay ejemplares sino en alguna que otra novela romántica.

¡Cuán buena maestra, solía decir, ha sido para nosotros la desgracia!

Y de verdad, es magnífica maestra para los hombres de buen corazón.